

A la memoria de Rafael Azcona

1. La crónica oficial.

Tras la muerte de Rafael Azcona podemos encontrar numerosos artículos, reseñas, obituarios o crónicas que nos recordarán los hitos fundamentales de su obra. Su biografía se convierte entonces en una geografía de lugares comunes por donde todos tenemos obligadamente que transitar. Lo oficioso ha de quedar para después, retrasando así el placer de bucear en las zonas más alejadas de la luz.

Azcona nació en Logroño, el 24 de octubre de 1926 y ha muerto en Madrid, el 24 de marzo de 2008. Tenía 81 años y padecía un cáncer de pulmón que acabó por llevárselo de este mundo cruel. Cuando se recuerda a Rafael Azcona uno tiene la intuición de que habría “servido” para muchas cosas, y de hecho desempeñó en su juventud los más variados oficios, como tantos otros en la época del Madrid herido. Pero su oficio era el de escribir, vocación de siempre que se oficializaría en 1951 cuando, a instancias de Mingote, empieza a trabajar en *La Codorniz*. Unos años más tarde llega al cine de la mano de Marco Ferreri, para quien adapta el guión de *El pisito* (1959), tenía entonces 33 años y un talento para el cine pugnando por salir. También cultivó los géneros de la novela y el teatro con obras como *Los muertos no se tocan, nene*, *Pobre, paralítico y muerto* o *Los ilusos*.

Azcona trabajó con muchos directores de cine, de entre los que destacan cuatro nombres propios: el citado Marco Ferreri -*El pisito* (1959), *El cochecito* (1960), *La gran comilona* (1973), el maestro Luis García Berlanga -*Plácido* (1961), *El verdugo* (1963), *La escopeta nacional* (1978), *La vaquilla* (1985),...-, José Luis Cuerda -*El bosque animado* (1987), *La lengua de las mariposas* (1999)- y Fernando Trueba -*El año de las luces* (1986), *Belle époque* (1992) y *La niña de tus ojos* (1998). Recibió a lo largo de su vida cinco premios Goya por otros tantos guiones magistrales, además de un Goya honorífico en 1998. En su caso, la lista de galardones y reconocimientos resulta abrumadora e innecesaria de recordar, pues los premios nada añaden a la verdad de lo



que ya es. Cuentan las crónicas póstumas de sus amigos, que Azcona se mantuvo trabajando casi hasta el final, un ochentón que ejercía de vivo más allá de estar vivo.

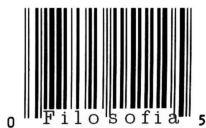
2. Biografía sentimental.

¿Qué hay de Rafael Azcona en este rosario de fechas y nombres? El reflejo de su talentoso trabajo. ¿Qué no hay de Rafael Azcona? Pues todo lo demás. Nada podríamos intuir de su afamada modestia, de su, en absoluto impostada, voluntad de desaparecer una vez que el guión se hallaba concluido. Concebía el guión como una parte en la sombra, algo que debía estar ahí sin notarse, una columna sustentadora que pasa desapercibida en la belleza final del edificio. Por ello Azcona se retiraba pronto de cualquier escenario, más interesado en volver a las discretas gradas donde poder observar de nuevo a sus congéneres, para aprender y compadecerse de ellos. Rafael Azcona practicaba ese escaso y valioso comedimiento de quien calla teniendo aún mucho por decir.

Pero a pesar de ese retiro voluntario, quien le trataba no podía dejar de reconocer en él a una persona excepcional, de esas que no pueden dejar escapar. Sus amistades presumían de serlo como quien se sabe poseedor de un tesoro envidiable. Buen amigo, generoso conversador, escuchador amable, pensador lúcido..., y otros tantos epítetos elogiosos con los que le definían esos amigos, en un último esfuerzo por encontrar el término preciso que hiciera justicia a la diferencia específica de un personaje como Azcona. Para quien no tuvo la dicha de conocerle quedan, y no es poco, sus libros y sus diálogos, la palabra escrita o hablada gracias a la cual podemos ser uno de los dos lados del significado. Nos queda también su rostro, ese que permanece atrapado en las instantáneas que solían acompañar sus entrevistas de los últimos años. Una mirada pícara a juego con una sonrisa de cuatrero en retirada, un rostro que desmentía la edad de su propietario, un gesto ante la cámara con el que parecía decir; “bueno, esto es lo que hay” o “cierto amigos, no hay más leña que la que arde”.

3. El dardo es la palabra.

Suele pensarse, con bastante acierto, que el oficio de escribir no es muy apreciado en este mundo posible en que vivimos, y aún menos lo es el oficio de



guionista, ese ilustrador de imágenes al que la industria engulle de forma pantagruélica tras haberse servido de su talento. Qué significativo es que los actores, a veces simples figurantes, se encumbren a la categoría de semidioses, mientras que la inteligencia de quien pone en sus bocas las palabras exactas no sea apreciada por casi nadie. Observar las cosas, pensar las palabras y dirigirlas a ver si hacen diana, requiere volar a mucha altura. Además de mirar a la vida por nosotros, Rafael Azcona tenía la rara habilidad de transformar en guión la buena literatura; rizar el rizo de las letras. Quien haya visto *El bosque animado* no habrá echado nada de menos, porque las historias que allí se narran son autosuficientes, no dependen de contexto previo, se bastan a sí mismas. Azcona sabía escribir y sabía rescribir. Sus guiones adaptados no eran clones de sus parientes adultos sino alumnos aventajados del maestro.

En una entrevista concedida a *El País* (2 de abril de 2008) el escritor libanés Elias Khoury decía que, para él, la buena literatura es un tributo a la fragilidad humana, a la muerte. La literatura es un instrumento para escudriñar la anatomía de la vida humana, para rescatarla de sus limitaciones y mostrarla con ternura ante nuestros ojos. Azcona pasa por ser, como recordaba Eduardo Mendicutti, uno de los que mejor ha retratado a los españoles, un hombre capaz de mirar de forma compasiva pero sin prescindir por ello de la verdad. Y junto con la inteligencia de esa mirada el talento para la escritura, la habilidad de retratar mundos e inframundos, pensamientos y sentimientos destinados al espectador que aguarda más allá de la pantalla. A través de su trabajo Azcona invitaba a desvelar la faz de las sombras que habitualmente tomamos por reales. Detrás de las rutinas, de los lugares comunes y de las conclusiones precipitadas, existe una fórmula menos banal de acercarse a la realidad.

Una buena parte de las películas en las que intervino Rafael Azcona están protagonizadas por personajes en los que se encarna la miseria moral, la de los años de posguerra, una miseria provocada por el hambre y las estrecheces, una miseria que tardaría en desaparecer porque los hombres se recuperan primero de la escasez, que de sus efectos. Y a pesar de esa miseria se trata de personajes a los que apenas se juzga, porque no es ese el cometido de la literatura. Como dice A. S. Harguindey, son individuos que “asumen su condición de derrotados con estoicismo, miedo y educación”. Hoy la miseria moral ha cambiado, ya no es la de quienes habitaban en las



periferias de la dignidad, sino la de quienes están satisfechos, desprecian el estoicismo y suelen carecer de educación.

Azcona confesaba que el mundo le parecía, con sus cambios, cada vez más incomprensible, por eso se refugiaba, en cierto modo, en la lectura de los clásicos. Se declaraba fiel a Baroja, a Chéjov, a Poe, a Maupassant a quienes, a buen seguro, percibiría como compañeros de viaje muy cercanos.

4. Después de todo.

Para despedirse Azcona prefirió una vez más el disimulo y la modestia. Así nos enteramos de su muerte un día después, como él quiso y los suyos respetaron. Dicen que sus últimas palabras fueron “ya está”, lo que suena a final limpio de guión magistral. Hay que saber vivir y hay que saber morir, y morir si es posible de acuerdo a como se ha vivido, porque la muerte es el último acto de nuestra representación, la última oportunidad para cerrar filas y presentar credenciales ante quienes han de llevarnos en el recuerdo. Ahora es trabajo de otros que Rafael Azcona siga entre los vivos. Ése es el homenaje.